

JUAN GERARDI, PROFETA Y MÁRTIR DE LA VERDAD Y LA PAZ

Fernando Bermúdez López*

Conocí a monseñor Juan Gerardi en el año 1989 cuando era obispo de El Quiché y yo ejercía de párroco en San Cristóbal Verapaz. Le recuerdo como un hombre de gran estatura y fuerte corpulencia. Su modo de hablar era pausado, de carácter sereno y observador, sencillo, afable, cercano, acogedor, comprensivo, con una gran capacidad de escucha y una profunda claridad de ideas. En sus análisis manifestaba intuición y agudeza. No era sectario ni hacía acepción de personas. Hablaba con unos y con otros. Y siempre con buen humor. Era un hombre de fe y de una gran riqueza interior. Combinaba una profunda espiritualidad con el compromiso social, la denuncia de toda injusticia y la promoción y defensa de los derechos humanos.

Juan Gerardi Conedera nació en la ciudad de Guatemala el 27 de diciembre de 1922. En 1967 el papa Pablo VI lo nombró obispo de la diócesis de las Verapaces, donde propició el surgimiento de la pastoral indígena. Rompió el silencio al que fueron sometidos los pueblos indígenas e hizo emerger su voz, manifestando que estos pueblos son sujetos de su historia en la sociedad y en la Iglesia. Fue defensor de los indígenas, siguiendo la línea de aquellos otros obispos del siglo XVI, Fray Bartolomé de las Casas y el mártir Antonio Valdivieso. Asumió los cambios del Concilio en su diócesis, mayoritariamente indígena. Decía en su Carta Pastoral: *“Con el Papa Juan XXIII, queremos que se realice en nuestra Diócesis la nueva primavera de la Iglesia que él proféticamente anunció: una Iglesia de los pobres”* (Monseñor Juan Gerardi, testigo fiel de Dios, pp.2-26. CEG). En 1974 pasa a ser obispo de la diócesis de El Quiché, donde acompañó a las comunidades y agentes de pastoral en la época más dura de la persecución. Caminó por las regiones más olvidadas del país, cruzando montañas y selvas. Palpó la pobreza y escuchó los lamentos de la gente. Conocedor de la realidad, se hizo portavoz de las graves violaciones a los derechos humanos cometidas por las fuerzas del Gobierno. Implementó proyectos de formación y de desarrollo comunitario.

Los campesinos e indígenas, en su pobreza y marginación, fueron tomando conciencia de su dignidad de personas. Con el apoyo de la Iglesia se fueron organizando en pequeñas cooperativas para hacer frente a la situación de penuria. El gobierno militar no veía con buenos ojos todo lo que fuera organización campesina, la interpretaba como subversiva. Una noche entró el ejército en la aldea de Macalajau, en el municipio de Uspantán. Secuestró a sus líderes y masacró a varias familias. La noticia de esta matanza conmocionó no solamente a la comunidad parroquial sino también a toda la diócesis de El Quiché. El obispo Juan Gerardi, habiendo recopilado información detallada del hecho, acudió al destacamento militar y solicitó una entrevista con el comandante de la base, coronel Rodolfo Lobos Zamora. Allí estuvo gran parte

de la mañana en espera, de pie, sin que le ofrecieran una silla para sentarse. Después de varias horas le recibió el comandante. Éste era un hombre de mirada fría y con aires de prepotencia sarcástica. Escuchó sin pestañear la denuncia del obispo, que le dijo: *“Comandante, me siento en el deber como obispo de esta diócesis, de expresarle a usted mi firme denuncia por la forma en la que los militares se atribuyen indebidamente el derecho de matar a nuestra gente, le ruego que el ejército se retire del área”*. La respuesta de Lobos Zamora fue contundente: *“¡No matamos gente, matamos indios!”*. Un nudo en la garganta se le hizo al obispo y, sin mediar palabra alguna, se retiró. Desde ese día monseñor Gerardi estuvo ya en la mira del ejército. En los primeros meses de 1980 el Ejército asesinó a numerosos catequistas y a varios de sacerdotes de la diócesis. Los acusaba de guerrilleros y comunistas.

En la década de los años 70 y 80, los catequistas fueron especialmente señalados y perseguidos por el ejército y los escuadrones de la muerte debido al liderazgo que ejercen en sus comunidades. Son estos los que han aportado el mayor número de mártires entre los agentes de pastoral. En aquellos años, en muchas regiones del país, pero sobre todo en el norte del Quiché, ya no se podía celebrar la palabra de Dios. La Biblia fue considerada como un libro subversivo. El ejército y la policía constantemente hacían registros en las casas. Si encontraban una Biblia, sobre todo la versión Latinoamericana, no sólo se la quitaban para destruirla sino que acusaban al dueño de la casa de ser comunista y, en muchos casos se lo llevaban para eliminarlo. Poseer una Biblia en Guatemala en aquellos años era arriesgar la vida.

La diócesis del Quiché había entrado en una situación de persecución y martirio. El obispo Juan Gerardi estaba cada vez más en la mira del gobierno. Los militares buscaban la forma de darle muerte. Cuando en junio de 1980 se disponía para salir a una visita pastoral a la parroquia de San Antonio Ilotenango, dos catequistas del lugar llegan presurosos en bicicleta a Santa Cruz del Quiché a decirle al obispo que los soldados estaban parapetados entre la milpa (maizal) a ambos lados del camino, y que personas extrañas, sospechosas de ser confidentes y espías del ejército, preguntaban insistentemente a qué hora exacta pasaría el obispo por el lugar. A petición de los catequistas el obispo canceló la visita. Días después, reunidos los agentes de pastoral, deciden cerrar temporalmente la diócesis como un gesto profético y para evitar más muertes de agentes de pastoral. Se juzgaba necesario dar a conocer a toda la Iglesia y al mundo el asesinato de cientos de campesinos, entre ellos multitud de catequistas y varios sacerdotes, los secuestros, torturas y desapariciones que a diario padecía el pueblo del Quiché y de Guatemala en general. Pero antes estableció estructuras mínimas para seguir en contacto con los catequistas, haciendo todo lo posible para que estos no arriesgaran sus vidas en el trabajo pastoral y pudieran dirigirse a las parroquias más cercanas de otras diócesis. (Como testigo de ello, yo atendí desde la parroquia de San Cristóbal Verapaz a los catequistas que llegaban de Uspantán y zona Reina).

Se les entregó la notificación del obispo por la que se les concedía autorización para administrar los sacramentos del bautismo y matrimonio, registrándolos en la parroquia de la diócesis que los acompañaba. Gerardi era un pastor que valoraba, delegaba y confiaba en los agentes de pastoral laicos. Insistía en que los sacerdotes son aves de paso, mientras que los laicos son la base de la Iglesia.

Monseñor Gerardi, que era entonces presidente de la Conferencia Episcopal, viaja a Roma para informar a Juan Pablo II de la situación de Guatemala. El Papa le escucha y le pide que regrese a su diócesis. Cuando regresa, el ejército, que estaba esperándole en el aeropuerto, no le deja entrar al país, por lo que se ve obligado a exilarse en Costa Rica. Confiesa que su gran dolor es saber que su pueblo se está desangrando.

Después de dos años y medio, tras el derrocamiento del general Lucas García, regresa a Guatemala. El arzobispo Próspero Penados del Barrio le suplica que se quede de obispo auxiliar en el Arzobispado de Guatemala. Ahí asume la pastoral de áreas marginales. Entonces había más de un millón de personas malviviendo en barriadas de extrema pobreza. Gerardi visitaba los asentamientos irradiando esperanza, animando la fe de las comunidades y denunciando las causas de la pobreza.

Ante la sistemática violación de los derechos humanos en el país, conforma la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG). Fue un infatigable defensor de la dignidad de las personas, sobre todo de los más pobres. Y desde esta oficina en 1995 creó y coordinó el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica, (REMHI), para acompañar y ayudar a las víctimas del conflicto armado a redescubrir su dignidad y sanar sus heridas. Gerardi no estaba solo. El proyecto fue asumido por la Conferencia Episcopal en pleno. En las distintas diócesis se constituyeron equipos de animación. El pueblo guatemalteco se unió a sus obispos en el trabajo de la memoria histórica frente al olvido que querían imponer las fuerzas del mal. Con este trabajo se recolectaron más 6.500 testimonios a lo largo y ancho del país que hablan de 55.200 víctimas, cuyos nombres se grabaron después en las columnas del pórtico de la Catedral. Según este Informe del REMHI el ejército y fuerzas gubernamentales son responsables del 93% de los asesinatos y masacres y la guerrilla del 7%.

A los dos años de la firma de la paz, el 24 de abril de 1998, presenta las conclusiones del proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica y el Informe *Guatemala Nunca Más* en la Catedral de Guatemala. Es de suma importancia escuchar al mismo obispo Gerardi: *“El proyecto REMHI en el confluir del trabajo pastoral de la Iglesia es una denuncia legítima, dolorosa que debemos de escuchar con profundo respeto y espíritu solidario. Pero también es*

un anuncio, una alternativa para encontrar nuevos caminos de convivencia humana. Cuando emprendimos esta tarea nos interesaba conocer, para compartir la verdad, reconstruir la historia de dolor y muerte, ver los móviles, entender el por qué y el cómo. Mostrar el drama humano, compartir la pena, la angustia de los miles de muertos, desaparecidos y torturados; ver la raíz de la injusticia y la ausencia de valores.

Este es un modo pastoral de hacer las cosas. Es trabajar a la luz de la fe, encontrar el rostro de Dios, la presencia del Señor. En todos estos acontecimientos es Dios quien nos está hablando. La misión de Jesús es reconciliadora. Su presencia nos llama a ser reconciliadores en esta sociedad quebrada, tratando de ubicar a víctimas y victimarios dentro de la justicia. Hay gente que murió por un ideal. Y los verdugos fueron muchas veces instrumentos. La conversión es necesaria, y nos toca abrir los espacios para estimularla. No se trata de aceptar los hechos simplemente. Es menester reflexionar y recuperar los valores.

Queremos contribuir a la construcción de un país distinto. Por eso recuperamos la memoria del pueblo. Este camino estuvo y sigue estando lleno de riesgos, pero la construcción del reino de Dios tiene riesgos y sólo son sus constructores aquellos que tienen fuerza para enfrentarlos" (Discurso de Mons. Juan Gerardi en la presentación del Informe REMHI. Catedral Metropolitana, 24 de abril de 1998).

A la salida de la catedral nos saludamos muy efusivamente, pues éramos buenos amigos, nos dimos un apretón de manos y me dijo: "¿Qué le ha parecido?". Le felicité y quedamos en vernos otro día más despacio. Pero, dos días después fue brutalmente asesinado, con una gran piedra en la cabeza, cuando entraba a su casa, junto al templo de San Sebastián. Era la noche del 26 de abril de 1998. Su muerte fue un duro golpe para la Iglesia y para todo el pueblo de Guatemala. Sin embargo, como la muerte de Jesús y del mártir Esteban, su martirio es hoy el triunfo de la Verdad y la Justicia. Fue una muerte programada por un sector del Ejército.

Monseñor Gerardi fue asesinado por enfrentarse contra el muro de la impunidad. En él se cumplen las bienaventuranzas del Evangelio. Su martirio nos confirma en la fe y esperanza de la misión de Jesús, que pasó por el mundo haciendo el bien, y en la fuerza de su Espíritu que sigue presente en la Iglesia que trabaja por la vida, la reconciliación y la paz que nace de la justicia.

Juan Gerardi fue un profeta, un hombre de profunda fe, disponible siempre a la voluntad de Dios. Y desde el reconocimiento de la presencia de Dios en la humanidad sufriente defendió el derecho a la vida de los pobres y promovió el rescate de la Verdad, silenciada durante muchos años en Guatemala por los poderes del Estado. Así surgió, como decíamos, el Proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica, (REMHI), cuyo objetivo fue la Reconciliación y la Paz, como una misión pastoral de servicio a la causa de los más pobres, los perseguidos y víctimas

de la violencia. Con el reconocimiento de la Verdad, monseñor Gerardi buscaba que *nunca más* se vuelva a repetir esta historia de dolor y de muerte. Posibilitó que la gente que sufrió la represión pueda contar su caso y sanar sus heridas psicológicas. Decía: *"Conocer la Verdad duele, pero es, sin duda, una acción altamente saludable y liberador"*. Hay quienes dicen que la recuperación de la memoria histórica abre heridas. Los que así hablan no han entendido que las heridas que no se cierran gangrenan a la persona y a la sociedad. Para sanar esas heridas es necesario el conocimiento de la Verdad de lo que aconteció.

Carolina Escobar, destacada periodista guatemalteca, señala que "Un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia, y un pueblo sin historia es una masa informe de gente manipulable, sin identidad y sin sentido de pertenencia" (Prensa Libre 24.4.2003).

Juan Gerardi expresa con estas palabras la esencia del REMHI: *"Lo que nos interesa es el conocimiento de la Verdad, reconstruir la historia de dolor y muerte, ver los móviles, entender las causas. Ahí podremos ver el drama del dolor humano, sentir la pena, la angustia de los miles de muertos..., para que podamos ver la raíz de la injusticia y ver hasta dónde puede llegar el odio del hombre contra el hombre. Podremos ver también la ausencia de valores y la presencia de antivalores. Este conocimiento nos debe conducir a tomar una actitud solidaria"*. Insistió que éste es el camino para la reconciliación. Gerardi buscaba ayudar a las víctimas, pero también a los victimarios. Se comprometió de alma y cuerpo con el REMHI. Lo vivió. Lo encarnó en su vida y asumió sus riesgos. Ayudó al pueblo guatemalteco a tomar conciencia de que las causas que originaron la guerra radican en la situación de injusticia, corrupción y violencia incrustada en las instituciones del Estado. Por eso, llamó a cambiar esta realidad, para construir la verdadera paz. Gerardi fue un hombre de paz

Casi un año después, el 25 de febrero de 1999 el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de Naciones Unidas, "Guatemala Memoria del Silencio", calificó estos hechos contra la población civil en esos años de violencia, como "genocidio".

Monseñor Gerardi fue perseguido no solo por el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica sino también por su opción con la justicia al lado de los pobres y excluidos. Era ya signo de contradicción y parecía el punto más débil para atacar a la Iglesia. Los ataques al Obispo se arremetieron a raíz de la publicación de un librito de la ODHAG, autorizado por él, que llevaba por título *"Los cristianos frente al neoliberalismo"* escrito por mí. Algunos miembros de la alta oligarquía acudieron al Nuncio con una carta en la que entre otras cosas le decían: "¿Sabía usted, monseñor, que la ODHA con el aval del obispo Gerardi ha realizado

publicaciones que son una apología al socialismo y a la lucha de clases?" (Federico Bauer Rodríguez, *Carta Abierta al Nuncio Apostólico*. Siglo XXI, 24.10. 1997).

Acusan, asimismo, a Gerardi y a la Iglesia de alentar la invasión de tierras. Monseñor Gerardi sale en defensa para decir que la Iglesia no alienta invasiones, y que lo conveniente es que los miembros de la Cámara del Agro lean la Carta Pastoral *El Clamor por la Tierra* de la Conferencia Episcopal y la comparen con el Acuerdo Socioeconómico y Agrario, firmado por el Gobierno y la URNG, para que luego saquen sus conclusiones. Ante estas críticas, monseñor Gerardi mantiene la serenidad y no se precipita, sabe que la verdad se defiende por sí sola.

A Gerardi lo mataron, pero resucitaron a un mártir. Su muerte es la más valiente denuncia de un sistema de injusticia institucionalizada que se sustenta a costa de explotar y discriminar a los más pobres. Fue asesinado porque quiso que se realizara el plan de Dios en Guatemala, porque dio a conocer la verdad de tantas violaciones a los derechos humanos. Él sabía que su vida corría peligro, que algunos sectores poderosos de la nación, civiles y militares, lo estaban amenazando. Pero él no por eso abandonó su compromiso. Como Jesús, siguió hasta el final.

En una ocasión, conversando yo con el arzobispo Próspero Penados, me decía: "Cuando monseñor Gerardi vino del exilio, estaba de presidente el general Oscar Mejía Víctores, y me mandó llamar y me dijo: '¿Cómo es que llamó usted a monseñor Gerardi, si es un comunista?' Los militares difícilmente entran en razón. Viven al margen de la verdad".

Los enemigos de la Verdad creyeron que con matar a Monseñor acabarían con su obra. Sin embargo él sigue vivo en la memoria del pueblo guatemalteco y latinoamericano, al igual que hicieron en el vecino país de El Salvador con monseñor Oscar Romero. Su muerte alienta hoy la lucha y la esperanza por una nueva Guatemala de paz, justicia y libertad. Su testimonio nos impulsa a continuar el trabajo que él comenzó y nos da fuerza para vencer las dificultades.

Con el proyecto REMHI los sobrevivientes de las masacres están recuperando su derecho a la palabra y afirman su sentido de dignidad que los militares trataron de arrebatarles. Es así como este proyecto ayudó a generar un proceso de sanación interna y de reconciliación social de las comunidades, que habían quedado tan desgarradas por la violencia del conflicto armado interno. De esta manera el REMHI abrió las puertas a la esperanza.

El legado que nos deja el obispo Juan Gerardi es muy amplio y desafiante. Es como un sueño, que resumo en cuatro aspectos:

1. Gerardi fue un promotor del laicado guatemalteco. Decía: *“Tenemos laicos comprometidos pero no tenemos un laicado organizado que responda a las iniciativas de la Iglesia, a las diferentes necesidades, al testimonio público, en la pastoral social y en el compromiso socio-político”* (Voces del tiempo, n° 13, enero 1995, pp 75-80). Insistía en que todos los bautizados y bautizadas son corresponsables del trabajo pastoral de la Iglesia, sean sacerdotes, laicos y laicas, obispos, religiosas y religiosos. Abrió caminos de participación del laicado en los consejos pastorales de las parroquias y de la diócesis. El laico se constituyó en verdadero sujeto de la catequesis y la evangelización y en promotor del desarrollo humano de las comunidades. Insistía en que el laicado tiene la misión de comprometerse en la transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas del país en orden a construir una sociedad justa y solidaria.

2. Impulsó la renovación de la Iglesia, en el sentido de que todos, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos se involucren, siguiendo a Jesús, en una evangelización humanizadora, en la defensa de los Derechos Humanos. Quería una Iglesia en estado de conversión permanente, siempre abierta y caminante, para no petrificarse y volverse inepta ante los nuevos desafíos que cada época le plantea; una Iglesia que en los pobres encuentra su principal lugar teológico y pastoral. Decía: *“No solamente estamos llamados a la conversión personal... Debemos renovar la concepción de Iglesia y asumir su Doctrina Social, el servicio a los más empobrecidos y excluidos, como parte de nuestra catequesis, para construir una sociedad que sea signo de la presencia del reino de Dios”*.

“... Hacia los derechos humanos debe confluir el trabajo pastoral de la Iglesia. Y es aquí donde se ubica el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica. ¿Cómo se realiza este proyecto? Con el anuncio. La denuncia no es suficiente. Es muy fácil señalar, pero es muy difícil realizar proyectos alternativos o medidas curativas. Debemos anunciar la buena nueva de estos derechos con proyectos y acciones que vayan haciendo realidad la observancia y el ejercicio de los derechos humanos en la sociedad, es decir, creando condiciones para que se pueda encontrar una tutela de estos derechos dentro del Estado”.

Gerardi era consciente de que iba a encontrar resistencias fuera y dentro de la Iglesia. Decía: *“Ante los temas económicos y políticos mucha gente reacciona diciendo: para qué se mete en esto la Iglesia. Quisieran que nos dedicáramos solamente a los ministerios. Pero la Iglesia tiene una misión que cumplir en el ordenamiento de la sociedad, que incluye los valores éticos, morales y evangélicos”*.

Gerardi quería una Guatemala distinta y una Iglesia distinta. Y ésta no se puede dar sin superar el clericalismo crónico incrustado en las estructuras eclesiales.

3. Monseñor Gerardi fue mártir de la verdad y de la reconciliación como camino para la paz. Decía: *La verdad no puede ser ocultada. Hace falta que las víctimas digan la verdad. Hace falta saber quiénes son los victimarios y qué hicieron. La perspectiva de avanzar hacia esta sociedad es un reto para llevar adelante el trabajo de la recuperación de la memoria histórica*".

Gerardi nos reta también a los cristianos de España a comprometernos en la búsqueda de la verdad sobre lo que sucedió durante la guerra civil y durante la dictadura franquista. "No se puede ocultar la verdad", decía. ¿Qué intereses hay en España para ocultar la verdad de lo que sucedió durante la dictadura? La figura profética de monseñor Juan Gerardi debería ser una luz para nuestra Iglesia y concretamente para nuestros obispos.

4. El pueblo y la Iglesia de Guatemala recuerdan a monseñor Gerardi como un fiel amigo, un gran humanista, defensor de los derechos humanos, un cristiano valiente y coherente al lado de los pobres y un buen pastor que dio la vida por sus ovejas. La solidaridad con los últimos, con los excluidos y las víctimas fue una opción alimentada a lo largo de todo su ministerio pastoral, hasta fusionarse con ellos. Él es mártir de la Verdad y la Paz.

La figura de monseñor Juan Gerardi, por su testimonio de vida hasta derramar su sangre en solidaridad con las víctimas del conflicto, queda como legado no solo del pueblo guatemalteco sino también de todo el pueblo latinoamericano, indisolublemente asociada con la defensa de los derechos humanos, el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica, la búsqueda de la verdad, la lucha por la paz fundada en la justicia y el trabajo por la reconciliación. Su martirio, junto con el de Monseñor Romero y de todos mártires de Guatemala y de América Latina, nos confirma la presencia y la fuerza del Espíritu de Dios en la Iglesia y nos alienta a caminar llenos de esperanza y de fe en la utopía, hacia la construcción de otro mundo alternativo.

Varios años después de la muerte pascual del obispo Gerardi la Iglesia de Guatemala instituyó la "Orden Juan José Gerardi a los Derechos Humanos", concedida a aquellas personas que destacan por su trabajo a favor de los Derechos Humanos en el país. Cada año es entregada esta Orden a una persona o institución. El año 2005 tuve el honor de recibir este galardón que, aunque hice lo que pude en defensa de los derechos humanos, reconozco que había otras personas que se lo merecían más que yo.

Monseñor Juan Gerardi es y será siempre para mí un referente de buen pastor y testigo fiel de Jesús.

*Fernando Bermúdez López, nacido en Alguazas (Murcia) en 1943, fue misionero en Guatemala durante 30 años, coordinador del Programa de Derechos Humanos de la diócesis de San Marcos y miembro de la comisión de Derechos Humanos de la Conferencia Episcopal de Guatemala. Actualmente es miembro del Consejo de Justicia y Paz en la diócesis de Cartagena-Murcia, de los comités Oscar Romero, Comunidades Cristianas de Base y activista de Amnistía Internacional.